



Casa con jardín

Manuel Julián

MJW
WRITINGS

julianswritings.com

Casa con jardín

Manuel Julián



“La memoria es una artista extraña, redibuja los colores de la vida, borra lo mediocre y solo conserva los trazos más hermosos, las curvas más conmovedoras”

Marc Levy
Las cosas que no nos dijimos

Sitges, mediados de 1976

Un coche con matrícula extranjera se detiene en el paseo de la Ribera, las chicas son rubias y hablan un idioma parecido al alemán. A pocos metros, dos camareros del hotel Subur cuchichean sobre ellas, entre ambos hay cierta complicidad. Al instante el maître les interrumpe recordándoles algunas de sus obligaciones, después él mismo es quien se detiene a observarlas. Los ojos del maître son como dos luces alargadas de escáner que comienzan su lectura desde las zapatillas hasta culminar en las gomas de las coletas. Las chicas reemprenden su camino hasta desvanecerse en un perfecto mimetismo de comerciantes, niños distraídos, turistas y terrazas de bar.

El mar, la arena, la paella, el flamenco, todo ello conforma la postal de un pintoresco souvenir. Sitges continúa creciendo y lo que antes era la cabeza de la villa, ahora se ha convertido en un céntrico lugar de encuentro.

Hacia el sur, en dirección al Terramar, una franja de casas coloniales construidas en otro tiempo por los indios que regresaron de Cuba, acoge a diversas familias burguesas. Esta parte del pueblo debe su nombre a la creencia de que una virgen se apareció en las viñas, y por eso todavía hoy se llama “*e/ Vinyet*”.

En una de sus calles flanqueadas por arbolado y baladres se encuentra una casa con nombre de mujer. En ella había vivido Lucía hasta que una larga enfermedad se adueñó de su alegría y esperanzas. En la casa flotaba todavía su recuerdo como una atmósfera sutil que lo impregnaba todo. Joaquim, su esposo, no tocó ninguna de sus pertenencias, todo se había conservado en el mismo lugar: un cuadro inacabado, una blusa sobre la silla, un plantador de bulbos en el parterre.

Cuando contrató los servicios de jardinería insistió sobre todo en que se respetara el estilo que había iniciado Lucía, esta era la quinta empresa de conservadores en tres meses. El señor Joaquim también había reemplazado al personal de mantenimiento de la piscina y de la pista de tenis, luego despidió al chofer por no haber limpiado correctamente su Bentley 1963. De este vehículo solo se habían producido 1.630 unidades, y el suyo tenía todos los extras, incluido las briznas de césped en las alfombrillas.

La tarde que habló conmigo parecía un hombre angustiado, me atendió mirándome a los ojos, algo poco frecuente en personas como él; magnates de los negocios que no reparan en nimiedades. Estaba solo y me invitó a sentarme, después, sujetando un grueso vaso de cristal me preguntó si lo quería con hielo. Mientras tapaba la cubitera volvió a dirigirse a mí:

—¿Alguna vez ha pensado en la muerte?

Su pregunta me incomodaba..., yo solo pretendía detallar los pormenores de un presupuesto que teniendo en cuenta la complejidad y dimensiones del jardín, no podría ser barato. Su frase almibarada de melancolía y un gran vaso de escocés no pretendía nada más que la honestidad de una respuesta sincera. Era como si el contrato de jardinería que le ofrecía dependiera en ese momento de esa única respuesta:

—Pienso en ella todos los días.

Me observó como si hubiera superado milagrosamente la prueba, dio otro trago y a continuación, mientras caminábamos, me dijo: —Haces bien, porque “La gloria y la juventud son efímeras”

Después de varios meses trabajando en su jardín, las conversaciones se producían con más frecuencia, siempre los viernes a las siete de la tarde, sin embargo, eran cada vez más extrañas y desconcertantes.

Su esposa falleció sin que pudieran experimentar la alegría de criar a unos hijos. Tenía algún familiar en Irlanda, un sobrino, aunque nunca se preocupó por saber si estaba vivo, o si necesitaba algo.

Joaquim se detenía una y otra vez en la frase “la gloria es efímera” y cuando lo hacía, era evidente que sus únicos pensamientos se centraban en lo difícil que era conservar las cosas; conservar los recuerdos de la persona amada, su propia autoestima, sus lujosas pertenencias y hasta su sentido común.

Una tarde de viernes, encontré su silla vacía, el Bentley reposaba solitario y la cocinera filipina acudió a mi encuentro para entregarme un sobre con dinero y algunas sencillas instrucciones, después me indicó el lugar y la hora del entierro. Reconozco que no asistí porque sentía mucha lástima, sentía lástima también por la casa y todas las pertenencias que se quedaría el banco.

En poco tiempo el seto que recubría el perímetro de la casa se marchitó dejando al descubierto un jardín abandonado. En ese lugar en el que el césped había alcanzado varios metros de altura, ahora se cobijaban las ratas. El agua que fondeaba en el interior de la piscina se había convertido en un manto de algas putrefactas.

El tiempo caminaba deprisa y solo cinco años después se construían en el mismo lugar ocho casas pareadas con jardín comunitario.

Mi cliente, el dueño del Bentley, no tenía herederos y falleció sin temor a la muerte, a lo único que tuvo miedo fue a estar solo. Esa tarde comprendí que todo lo que me dijo era sincero, y que a pesar de que todavía podía conservar un puñado de recuerdos, la vida es efímera.